

REVISTA SALMANTINA.



Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

REFLECSIONES

sobre el plan de Estudios.

II.

La necesidad de un buen plan está justificada por los continuos desvarios de nuestra época. Yo me entretengo á mis solas y en mis ocios, en apuntar los errores humanos que tan á menudo sucedan en el mundo científico y literario. Recuerdo un dia que tomé mi libro de tales apuntes y lei los que siguen, todos de autores modernos.

«Yo daría, decía un Naturalista, la historia de la humanidad por la de un insecto.»

«Yo considero, decía un político, á la razon humana como una potencia desorganizadora.»

«La filosofía no vale una hora de tra-

bajo:» ha dicho recientemente Mr. Molles en la Metafísica del arte.

«Socrates mató la filosofía,» según el socialista Lecouturier en su estupendo socialismo universal.

«Dios ha puesto una repugnancia invencible entre la razon humana y la verdad,» ha dicho el Sr. de Valdegamas.

Y por no copiar todos mis apuntes salté al último que he tomado de la Esperanza de estos últimos dias. «Las matemáticas han vuelto el juicio á la sociedad.»

A vista de tantos disparates como diariamente se repiten, me puse á considerar si en la historia de la humanidad hay otra época de mas desvarios que en la nuestra. Quise consultarlo con un filósofo francés, amigo mio y mi maestro, que no ha militado en ningun partido, que nunca ha poseido destino alguno, ni tiene, ni goza de títulos de ninguna especie. Para que le conozcan todos los que

pueden conocerle, copiaré aquí su supremo principio: «Sin las matemáticas no se puede penetrar al fondo de la filosofía; sin la filosofía no se puede penetrar al fondo de las matemáticas; y sin matemáticas y sin filosofía no se puede penetrar en ciencia alguna.»

Decía, que le escribí lamentándome del atraso en que los españoles estamos respecto á filosofía, y de la dolencia general del siglo. He aquí su respuesta entresacada de otros particulares. «Sin duda la España está atrasada, pero en filosofía y teología, la Francia y la Europa no están mucho mas adelantadas. Estas dos grandes ciencias están como aniquiladas. Repetir, desatinar, charlatanear, traficar con el ruido que se hace, para saciar la vanidad, la codicia ó la ambición, he aquí todo. Esceptuando algunas traducciones de autores antiguos, casi todo lo que se escribe, no vale el papel que se emplea. El mundo está lleno de una raza de sofistas mas impertinentes y despreciables que los de la Grecia, inmolidos á un ridículo inimitable por Socrates y Platon.»

Aunque sea doloroso confesarlo, esta es la situación del mundo, para no decir de la España ni de la Europa. Cómo pudieramos salir de ella? Entre tantos otros remedios como sin duda habrá en la ciencia política, no es el de menor importancia un Plan de estudios basado en el citado principio: «Sin las matemáticas no se puede entrar en filosofía; sin filosofía no se puede entrar en las matemáticas; y sin matemáticas y filosofía no se puede entrar en ciencia alguna.»

Luce para nosotros con tal evidencia este principio, que de buena gana sostenríamos en su defensa, la polémica mas concienzuda. Pero ¿quién se compromete hoy á tal polémica? Ya dijimos sobre esto en el artículo anterior.

El mas grave error que cometerse puede en el nuevo plan de estudios, seria el considerar como *filosofía*, á esas traducciones del Eclectismo francés, que tanto abundan y cuyos nombres no queremos citar por no ofender á los que las prohijan. Todas estas, de este autor ó del otro, des-

de las de Pedro Leroux y Laménais, hasta las de Victor Cousin y Damiron; tanto las que están dictadas por el espíritu de progreso, como las que están escritas para fines reaccionarios, todas ellas decimos, conducen al sensualismo de un modo inevitable é indudable para los que hemos experimentado sus respectivas influencias por haberlas estudiado con ahinco.

Ningun Gobierno sea el que fuere, desea la propagacion del sensualismo, que corrompe la vida moral, que destruye la religion y aniquila el patriotismo. La propagacion de las ideas de orden, de sensatez y prudencia, interesa á todos los que mandan. ¿Por qué en tal caso no se procura pesar como si fueran diamantes, los libros de filosofía que se ponen en manos de la juventud? porque para esto es preciso buscar el principio de clasificacion de las ciencias, como digimos en el primer artículo y como evidenciarémos en otros si tuviésemos tiempo para ello.

Bejar 6 de Abril de 1852.

NICOMEDES MARTIN MATEOS.

ORIGEN DE SALAMANCA.

(CONCLUSION.)

El texto de Plutarco, es el único que tenemos para el caso, este célebre historiador-filósofo protegido por Adriano que le franqueó generosamente los archivos públicos, dá un lugar digno á las Salmantinas en su tratado sobre las *virtudes de las mugeres*; ya aquí se habla de *Salmantica*, nada se dice de los *vacceos* y el historiador se separa completamente de la narracion de Polibio. Polieno de Macedonia copia casi todo el pasaje de Plutarco en la *Recoleccion de estratagemas* (lib. 7. c. 43) que dedicó á los Emperadores Antonio y Lucio Vero, y dá á la ciudad el nombre de *Salmatida*. No hay que dudarlo; la gran Salmantica de Plutarco es la misma *Salmantica* que el ilustre geógrafo Ptolomeo (lib. 2.º c. 5.º) coloca exactamente en el lugar que hoy ocupa.

El hecho heroico que Plutarco nos re-

fierc ha recibido muy variadas aplicaciones y Diego Gracian lo atribuye sin escrúpulo á las Saguntinas, á pesar de que los textos griegos usan de la palabra *Salmantides* y que la razon científica, último juez en los casos dudosos, decide terminantemente á favor de nuestra ciudad. Hasta ahora tenemos por mas exacta la traduccion que de dicho pasage hace el Sr. Madoz, apoyado en la version latina del mismo que recientemente ha publicado en Paris Ambrosio Fermin Didot; es como sigue: «—de Salmantica.—Cuando »Anibal, hijo de Barca, combatia á Salmantica, ciudad grande de España, antes que hubiese llevado la guerra á los romanos temiendo por si los Salmanticenses, prometieron sometersele y darle »500 talentos de plata y 500 ciudadanos »en rehenes. Mas luego que Anibal hubo »levantado el sitio, mudaron de resolucion y se desentendieron de sus promesas, asi es que volvió el Cartaginés sobre ellos y permitió á los soldados el saqueo de la ciudad. Habiéndose rendido los »Salmanticenses á discreccion, permitieron los Cartagineses á los de condicion »libre salir con un vestido cada uno, abandonando las armas, sus bienes, su plata, sus esclavos y su ciudad. Las mugeres seguras de que sus esposos al salir »serian registrados por los enemigos y de que ellas no serian tocadas, tomaron espadas y las ocultaron bajo sus vestidos, »logrando sacarlas consigo. Fuera ya todos, Anibal confió su custodia en un »barrio extra-muros á una fuerza Massæsyliense y entre tanto el resto del ejército se »precipitó en confusion dentro de la ciudad que fué toda saqueada sin orden alguno. Los Massæsylienses impacientados »por ver que con guardar á los prisioneros iban á quedar sin participacion en el »botin, pararon en descuidarlos y pedir »su parte. Entonces las mugeres exortadas por sus maridos y con grandes clamores les dieron las espadas. Aun las »hubo que se arrojaron ellas mismas sobre los guardas: una quitó á Banon, el »intérprete, la pica de que estaba armado, y con la misma le hirió á pesar de la »coraza que cubria su cuerpo. Los mari-

»dos matando á unos y poniendo en fuga »á otros, se salvaron en multitud con sus »mugeres; sabido esto por Anibal corrió »en su segimiento y mató á los que pudo »alcanzar en la fuga. Los restantes, que »pudieron abrigarse en las montañas inmediatas, obligados por la necesidad le »enviaron mensajes pidiéndole perdon y »Anibalse lo concedió generosamente permitiéndoles volver á habitar sus casas.» Esperamos que se nos dispensará esta digresion en gracia de un hecho tan honroso.

Pero los errores mas crasos que circulan sobre el origen de Salamanca datan desde fecha posterior. Juan, Obispo Gerundense, en su *Paralipomenon de España* (c. 2.^o de adventu Teucro &c.) dice, apoyado en la autoridad de Justino, Trogo Pompeyo é Isidoro, que concluida la guerra de Troya, Teucro, hijo de Telamon, Rey de Salamina, pasó al reino de su padre pero no habiendo sido recibido en él, porque no habia vengado la muerte de su hermano Ajax, se dió á la vela para Chipre donde fundó á Salamina, hoy Famagosta, segun Mariana; que habiendo tenido despues noticias de España por el rumor que producian ya las hazañas de Hércules, arribó á sus costas en el punto que hoy ocupa Cartagena; echados los cimientos, fundó una ciudad que llamó *Salmantica* porque la pobló con gente de *Salamina* y de la tierra *ática*. Juan Veseo, que segun confiesa en su prólogo de crónica, tuvo presente la obra del Obispo de Gerona, la copia sin escrúpulo, y desde entonces hasta nuestros dias esta opinion ha sido generalmente admitida. Mas no debemos decir ya con Florez que el Obispo padeció una equivocacion porque esta no es posible cuando se trata de pasages tan claros; las autoridades en que se apoya son completamente falsas. Si no temiéramos aparecer molestos trasladaríamos aqui los respectivos párrafos de Justino é Isidoro, copiaríamos tambien á Silio Italico que en mucho siguió á Justino; pero baste saber que si estos historiadores nos transmiten el error de que Teucro, como otros muchos capitanes griegos, puso su planta en nuestro ter-

itorio, ni una palabra nos dicen de Salamanca.

Se notará que no vacilamos al calificar de errónea la noticia de que Teucro vino á España; no tenemos documento alguno auténtico que acredite tal acontecimiento, y el mismo Mariana, que tanto asenso presta á las fábulas en que abunda la primera época de nuestra historia, no se decide á creer esta. Por otra parte es ya comun opinion entre los críticos que un tal Asclepiades Mirleano, profesor de lengua griega, fué el autor de dichas ficciones, porque habiendo venido á España creyó dilatar las glorias de la Península, buscando etimologías griegas á los nombres de sus principales ciudades, y para dar algun tinte de verosimilitud á sus agudezas, paseó en un momento por estas tierras á Menelao, Anfíloco, Diomedes, Teucro, Ulises y otros muchos príncipes griegos que contribuyeron á la destrucción de Troya. Pero los griegos no tuvieron noticias algo exáctas de nuestra Península antes de la guerra con los Romanos segun pudiéramos sostener con sin número de ejemplos, y segun Polibio nos atestigua: y este mismo historiador, que recorrió la España con Scipion Emilianio, antes que Asclepiades inventase tales etimologías, afirma que toda la parte bañada por el mar exterior estaba poblada por muchas naciones bárbaras (lib. 3.º). Strabon que nos predispone contra los historiadores griegos y latinos, llegó á asegurarnos (lib. 1.º) que ya los antiguos pusieron en tela de juicio el arribo de Ulises á Sicilia. En vista de tales antecedentes ¿será conforme á buena crítica que fundados tan solo en ingeniosas etimologías creamos la verificación de un acontecimiento de que no tenemos testimonio alguno? Las etimologías podrán confirmar lo que anteriormente se ha probado con otras razones, pero nunca lo que es incierto y oscuro porque son estrechísimos los lazos de hermandad que unen á muchas lenguas y acontece que sin gran trabajo hallamos analogías de forma y significado entre una palabra cualquiera y otras de distintos idiomas.

Escusado será decir que los dos histo-

riadores particulares de Salamanca aprueban el caprichoso dictamen anunciado por primera vez en el *Paralipomenon de España*.

El cronógrafo Gonzalez Dávila nos dice que Estefano y Polibio hicieron significar al nombre griego de nuestra ciudad lo mismo que *canto profético ó tierra de adivinacion*. Ignoramos de donde haya tomado aquel Sr. tan peregrina noticia y juzgariamos mas útil y aun mas moral que nos hubiese confesado su afición á las extravagancias de Asclepiades, porque bien lo confirma haciéndonos derivar la palabra Tórmes de no se cual otra griega que signifique *Reina ó Señora*.

Presentes estos datos ¿qué puede deducirse como mas probable sobre el origen de Salamanca? Desconocida sin duda á los estrangeros, hasta que Anibal la atacó, era en este tiempo, como terminantemente dice Plutarco, una *gran ciudad*; mas prudente seria acaso que, contentos con esta noticia y respetando el misterio de las edades, no aventurásemos conjeturas que pueden arrastrarnos á fatales errores; pero ya ha dicho un sábio crítico que cabe elevar el origen de Salamanca, al través de los tiempos míticos y al favor de la razon filosófica de las fábulas, hasta lo mas remoto de la España primitiva, y esta es la opinion mas fundada que hemos visto. Despreciando el interés que todos los pueblos han tenido en darse los mas remotos é ilustres orígenes y huyendo de los principios igualmente erróneos de los que vieron las antigüedades tan despejadas como si hubieran sido testigos de ellas, y de los que por falta de datos evidentes niegan todo lo que pertenece á época remota, no ignoramos que faltan documentos para apoyar dicha opinion; pero tambien es cierto que *la existencia actual de una poblacion prueba su existencia anterior hasta en los tiempos mas remotos mientras no se pruebe lo contrario*. Este principio que hemos visto consignado en escritos respetables y que juzgamos muy cierto no impide sin embargo preguntar si acaso otros que los primitivos Celtiveros, y en época posterior, pudie-

ron dar origen á nuestra ciudad; pero creemos que no: los Rodios, Samios y Focenses no se internaron en la Península y los Fenicios que arribaron á nuestras costas, atraídos por el aliciente del oro y alentados con la esperanza de habitar los campos eliseos, que ya Homero colocó en las riveras del Betis, fundaron si muchas ciudades, pero colonias industriales y mercantes se fueron derramando con preferencia por las costas del mar y á orillas de los mas caudalosos rios y no se establecieron en puntos que solo podria elegir una ciudad agrícola.

Si prescindieramos de los libros sagrados que marcan la verdadera procedencia del género humano, si despreciásemos los trabajos filosóficos que armonizando la Mitología con la Naturaleza y desentrañando sus fábulas presentan en ellas á la verdadera Historia, reconoceriamos en los fundadores de Salamanca á aquellos españoles primitivos que cual otros *authothonas* griegos ó *aborigenes* latinos esplicasen por simismos la poblacion de la Península; pero todo patentiza que la civilizacion y poblacion del mundo son como la luz, emanaciones orientales. En fin todo nos hace ver en los *Celtiveros* á los primeros pobladores de esta ciudad, ya grande cuando empieza á figurar en la historia y es conocida por los estrangeros; y en el amor á la independenciam y odio á la opresion que Strabon reconoce en los primeros pobladores de España, á las heroínas que intentaron marchitar los laureles del vencedor de Canas y á los valientes de Val de Junquera y Villalar, á los que sucumben antes que consentir la opresion de la morisma infiel con el mismo arrojito entusiasta que mas tarde los animó en otras contiendas.

FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS.

EL RAMILLETE DE FLORES.

EPISODIO DE LA VIDA DEL CÉLEBRE Cuvier.

(CONCLUSION.)

Ocho meses se pasaron sin volver á ver

al desconocido: ocho meses bien tristes por cierto y bien trabajosos para la pobre María! Mientras su larga y dolorosa duracion vertió tantas lágrimas como en aquellos dias en que vió morir lentamente á su madre. Cayó enferma la vieja Margarita, despues las dos niñas, y fué necesario que Maria sola cuidase de las tres, sin quitarse de su cabecera ni de dia ni de noche. Asi cuando Dios puso un término á estas pruebas terribles, cuando la vieja y las dos niñas entraron casi á la vez en convalecencia, Maria habia cambiado enteramente; el color rosado que en sus mejillas antes se advertia, habia sido sustituido por una palidez mortal. Las veladas, la fatiga y la inquietud la habian enflaquecido de modo que parecia habian pasado por ella cinco ó seis años mas. Madre antes de haber cesado de ser jóven conocia todas sus amarguras. Una sonrisa de felicidad entreabria los labios de aquellos que antes la encontraban llena siempre de belleza y de inocencia, pero ahora se sentian conmovidos por un misterioso enternecimiento al ver su melancólica resignacion y su dulce firmeza.

Una vez fuera de la casa el temor y los males, fué preciso restituir á ella el órden y el trabajo. Las consecuencias de la enfermedad habian abierto una larga brecha en la herencia de Maria.

Una mañana, que rodeada de las dos niñas las enseñaba á hacer labor cosiendo ella misma desde el amanecer, oyó un grito de sorpresa y alegría que la vieja Margarita arrojaba diciendo:

Sois vos señor! con que no nos habeis olvidado de todo punto!

La puerta se abrió, y el misterioso amigo de esta familia laboriosa, entró en el pequeño aposento. Llevaba un uniforme que Maria no conocia, con muchas decoraciones brillaban sobre su pecho.

—Yo creí que ya no pensariais mas en vuestra discípula, caballero, dijo sonriéndose la jóven.

Mi querida, no he cesado de ocuparme un punto de vos, y espero daros muy pronto una prueba de ello. Deseo que vengais en seguida conmigo. Me hareis la gracia de acompañar?

—¿Dónde me quereis conducir?

—Ese es cabalmente mi secreto. Apresuraos, diez minutos os doy para que os arregleis. La gorrita guarnecida de cintas, el vestido de percal, el delantalito negro y los pequeños borceguies ecisten todavía?

—Ay! caballero, no los he vuelto á poner desde el dia que os encontré.

—Tanto mejor! así es como yo quiero veros, á la obra, pues hija mia; diez minutos, entendeis, nada mas.

Sacó de su bolsillo un cucuruchito de dulces y los distribuyó entre las dos niñas, informándose gravemente de los progresos que hacian en la lectura y en la costura. Cuando María salió de su gabinete de tocador, la dijo el desconocido.

—Estais tal como yo quiero. Abrazad á vuestras niñas y á la Señora Margarita pues cuento con no volveros á traer aquí sino hasta muy entrada la tarde.

La presentó su brazo sobre el cual María se apoyó con timidez. Luego que bajaron la escalera subieron en un elegante carruaje que á la puerta esperaba. El cochero arreó los caballos, atravesaron una parte de los boulevards, se dirigieron al otro lado del Sena, entraron en el patio del Instituto real de Francia y se detuvieron delante de los pórticos exteriores. El guia tomó la mano de María y la hizo subir una escalera secreta. Una pequeña puerta se abrió y la jóven se halló en medio de una inmensa y brillante asamblea. Todos los ojos se fijaron á la vez sobre los dos recién venidos. María se sintió vivamente conmovida, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Mi querida, la dijo su protector, hay en esta asamblea una muger que desea mucho conoceros, es la mia y os voy á colocar cerca de ella.

La condujo en efecto cerca de una señora llena de belleza y distincion que acogiendo con afectuosa bondad á la griseta la tomó una de sus manos.

Una voz se elevó para decir.

—La sesion está abierta.

Entonces muchos personajes vestidos del mismo modo que el amigo de María entre los que distinguió al médico que

habia asistido á sus niñas y á Margarita, se colocaron al rededor de una gran mesa y uno de ellos pronunció un discurso en el cual contó nobles y bellas acciones.

«Hemos reservado, dijo, para terminar esta serie de actos caritativos y virtuosos, el sacrificio sencillo de una jóven huérfana, que se ha constituido madre de dos huérfanitas é hija de una septuagenaria. No solamente no se ha separado de ellas, sino que para subvenir á sus necesidades ha pasado la noche entera trabajando, sacrificando ademas una parte de la pequeña herencia que su madre la dejara. En fin, durante seis meses Dios ha querido experimentar de nuevo el valor de esta jóven; la enfermedad hirió á las tres personas adoptadas por ella. La huérfana ha apurado sus fuerzas, su salud y sus recursos, no ha sucumbido felizmente á pesar de hallarse sola por tan largo tiempo en presencia de tres moribundos. Así señores apresurémonos, en vista de la proposicion de nuestro ilustrado colega Mr. Georges Cuvier á decretar un premio de tres mil francos á favor de María.»

Muchos aplausos sonaron en toda la sala. Todos se levantaban para ver á la jóven, las mugeres la arrojaban sus ramilletes, mientras que con los ojos llenos de lágrimas ella creia que todo era un sueño. El gran naturalista la tomó por la mano y la condujo al presidente que la entregó el premio tan dignamente merecido.

—Oh! caballero dijo ella, oh! caballero! que feliz me haceis!

—Querida niña, replicó el hombre célebre, este dia es uno de los mas bellos de mi vida!

La solemnidad se concluyó; Mr. Cuvier condujo á su casa en el jardin de las plantas á su linda protegida; la jóven comió con la familia del académico y en la tarde en el momento de partir recibió una cartera de tafilete verde.

—Habeis gastado cinco mil francos que vuestra madre os habia dejado, la Reina me encarga entregaros esta suma. Hay ademas el decreto de una pension de mil doscientos francos sobre las rentas del Rey. Ya lo veis María, el trabajo, la virtud y la caridad traen la felicidad. Adios;

vendreis cada quince dias, el domingo, á comer al jardin de las plantas con mi hija, conmigo y con mi muger.

Es indecible el placer con que recibieron en su casa á Maria ¡que bendiciones salieron de los labios septuagenarios de Margarita! con qué fervor dirigió en aquella tarde sus plegarias á Dios toda esta dichosa familia!

L. G. M.

A D. Hilarion Eslaba, con ocasion de las lamentaciones cantadas en la Catedral de Sevilla, el Jueves Santo de 1852. (*)

Tal vez asalta mi angustiada mente,
del vate del dolor lúgubre canto,
cuando á Salem su soledad y espanto,
con cítara doliente
lejos del patrio suelo lamentaba:
tal vez al suyo mi gemir mezclaba,
al contemplarla desolada, yerta,
en polvo convertida
y misero despojo, la escojida,
de bárbaro opresor, para alto ejemplo:
cautivo el pueblo, la ciudad desierta,
ruina el alcazar, profanado el templo.

Mas este triste anhelo congojoso
que el ánima aflijida fatigando,
súbite anima en cuadro pavoroso
la tierna Virgen de Sion llorando
y en su dolor profundo
horrendo crimen prenunciando al mundo.
¡Cuánto, Eslaba inmortal, crece gigante
al sonoro acento
con que del vate las endechas pias
perfuman tus celestes melodías;
al escitar vibrante,
ira, piedad, asombro, desaliento;
al inspirar enérgico, sublime,
el fuego ardiente que tu génio imprime!!!

Entonces sí, que de entusiasmo henchida,
tiempos y espacios rápida salvando
la mente arrebatada,
mira lanzarse en escuadron sañoso,

cual de voraces buitres negro bando
sobre anhelada presa,
el Babilon y Egipcio rencoroso,
á la Santa Ciudad infortunada
ya rueda hasta el profundo,
del rápido cedron arrebatado,
sin gloria derribado,
el régio alcazar que asombraba al mundo.
Ora crugir las desquiciadas puertas
oigo y los anchos muros torreados:
ora en plazas desiertas,
en lodo y sangre y polvo salpicados,
escombros removiendo,
alzar los canes temeroso ahullido;
y sus alas fatidica cerniendo,
la siniestra corneja hondo gemido.

O ya en las altas bóvedas retumba
del templo de Romúlea esplendoroso
donde al Señor tus cánticos presenta,
desgarrador quejido
que el corazon destroza conmovido
y en los robustos arquitecturas zumba
evocando el que al cielo riguroso,
en su baldon y afrenta
eleva el hijo de Judá postrado,
de duro leño sin piedad cargado.

¡Cuánto de luto y afliccion rebosan,
ya el eco de la Virgen mancillada,
ya el noble en servidumbre envilecido,
ya el que verdugos bárbaros acósan!
la esposa arrebatada,
el tierno infante de dolor transido!
y en la ciudad inerte,
hambre, horror, desnudez, oprobio, muerte!!!
¿Quién sin el fuego que en tu frente brilla
trazar osára en mágicos acentos
los rudos sufrimientos
del hijo de Jacob, de Dios maldito?
la algazara de Edom, su infiel cuchillo
segando las gargantas del proscrito,
cual seca mies de la feraz Gadara?

¿Quién la feroz sonrisa retratara
del Babilon liviano
hollando altivo de Israel el cuello,
ó á Mizraim que, ardiendo en vivo enojo,
prueba á borrar insano
de sangriento baldon eterno sello
cuando sus fuertes devoró el mar rojo?

¡Ay! ¡Cómo lastimeras
ensordecen los vastos horizontes
de Bersabé á Sidon sentidas quejas,
que en Galaad los montes
repiten, y de Arnon ambas riberas!
Llora Ramá con llanto de sus ojos,
Gime Betsaida, Jericó responde,
¿A dónde clama, á dónde
el Santo de Israel en sus enojos
volvió la faz, encaminó su planta?
¿Por qué sobre su carro se levanta,
y encubre ¡ay mé! la luminosa huella,
blanda en Horeb, en Sinai fulgurante?
y su furor en nube rebramante,
rayos de fuego cárdeno destella?

Tú, Eslaba, tú lo viste;
tú los clamores ávido escuchabas,

(*) El autor de esta bella composicion ha tenido la amabilidad de remitirnosla, y permitir que se inserte en la REVISTA. Creemos que no ha de ser la última obra suya que honrará las columnas de este periódico, y que en ello complaceremos á los lectores, á quienes no sera probablemente desconocido el nombre del Sr. Alvarez, cuyo notable mérito literario se ha hecho público así en Madrid, como en Sevilla donde ocupa un elevado puesto Eclesiástico.

el ronco ácento y funeral quejido :
 tú de la ira de Dios el estampido
 á mensurar subiste
 y de Sion el estrago presenciaban
 ¡ Ay! que en dura cadena
 viste arrastrar desde el albergue amado
 de sus ciudades los vencidos dueños!
 viste cuando Ihowah rompió el vallado
 de su huerto preciado ;
 deshojarse la cándida azucena,
 el cipro de Engaddi sin sus aromas,
 y tornar sêco leño
 el que brindara regaladas pomas :
 el lirio de los vâlles
 viste pisar por desolada esposa ;
 crecer la grama en pórticos y calles
 de Betlem rica y Cána populosa
 que sombreaba otro tiempo la enramada,
 cabe el atrio de apuesta desposada,
 Ferreo yugo ominoso
 viste agoviar su cuello,
 en vez de taraceadas gargantillas ;
 y al arrullo de amantes tortolillas
 suceder el bramido
 de montaraz Onagro estrepitoso,
 ó estridente resuello
 de áspero javalí que el campo tala:
 ¡ y viste en fin como cayó la gala
 de Judá y sus donceles escogidos,
 á duro cautiverio reducidos!!!
 Solo tú, solo tú que al almo cielo
 robas el rayo creador, fecundo,
 que á Tebas opulenta
 en noble magestad arrojó al mundo ;
 tú que rajaste el misterioso velo
 donde su trono asienta
 coronada de flores,
 y al sonar de su cítara divina
 embarga el alma, el corazon domina
 Euterpe con dulcinosos primores.
 Salud, salud á tí sublime Eslaba :
 allá desde la córte de Castilla,
 que entusiasta tu mérito pregona ;
 que tu nombre inmortal en bronces graba,
 y orna tu sien de espléndida corona,
 acoje la ovacion con que Sevilla
 tus lauros acrecienta,
 cuando en noche de mística memoria
 del orbe pasmo, del cristiano gloria,
 en los soberbios ámbitos resuena
 tu sacro canto, del inmenso templo ;
 y de piedad para perpétuo ejemplo,
 el vasto espacio de sus naves llena.

JUAN MANUEL ALVAREZ.

**LEVA DE MUSICOS,
 por orden de Ricardo III.**

Ricardo III amaba apasionadamente la

música. Cuando solo era Duque de Gloucester, mantenía un gran número de músicos. Elevado al trono trabajó mucho por el fomento del arte. Pero los progresos no eran tan rápidos como él quería, y echó mano de recursos y medidas tan violentas y extraordinarias que le indispusieron á la vez con el clero y el pueblo, no teniendo además el éxito que esperaba. El 16 de Setiembre, segundo año de su reinado (1484) dió el decreto siguiente:

Ricardo III por la gracia de Dios &c. A todos nuestros súbditos, así espirituales como temporales, que leyeren ó entendieren estas letras, salud. Hacemos saber que, lleno de confianza en nuestro muy amado y fiel servidor, John Melgoken, uno de los gentiles hombres de nuestra capilla, y conociendo toda su habilidad y saber en la ciencia musical, le habemos permitido, y por las presentes le damos licencia y autoridad, para que en toda la estension de nuestros reinos, sea en las Iglesias Catedrales, colegios, capillas, casas de religion, ó cualquiera otros sitios privilegiados y que gozen franquicias, esceptuando nuestro real colegio de Windsor, pueda aprehender y apoderarse por nos y en nuestro nombre de todos los hombres y niños hábiles en el canto ó en cualquiera otro ramo del arte musical y que juzgue capaces de servirnos. Por lo tanto &c. Dado en Nottingham el 16 de Setiembre segundo año de nuestro reinado.

Hemos recibido un atento Comunicado relativo á ciertas particularidades de la vida y obras de Macanáz. No le hemos insertado en este número porque queremos hacerlo al mismo tiempo de la contestacion á que se nos escita, y en la que procuraremos satisfacer en cuanto sea posible los deseos de nuestro ilustrado suscriptor.

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva

Calle de la Rua, número 25.